

CREENCIAS

**Lo que damos por cierto
no aparece de la nada**

Un recorrido por siglos de
pensamiento filosófico
para explorar cómo se forman,
se sostienen y se transforman
nuestras creencias.

Una curaduría de
Uriel Goldstein

Creencias

Lo que damos por cierto no aparece de la nada

Pensarnos pasa

Una curaduría de Uriel Goldstein

Edición digital revisada · 2026

Un recorrido filosófico por la formación, la interpretación, la defensa y la transformación de nuestras creencias.

© 2026 Uriel Goldstein. Todos los derechos reservados.

Curaduría y dirección editorial: Uriel Goldstein. Edición: Pensarnos pasa.

Las ideas y obras abordadas se presentan con fines de divulgación, análisis y reflexión. Las referencias se reúnen en la bibliografía final.

Índice

Antes de empezar	3
Prólogo · Antes de decidir qué cambiar	5
Primer eje · ¿Cómo llega algo a parecernos evidente?	8
Segundo eje · ¿Cómo aprendemos a interpretar con otros?	24
Tercer eje · ¿Qué sostenemos cuando defendemos una creencia?	35
Cuarto eje · ¿Qué tendría que ocurrir para revisar una creencia?	46
Cierre · Lo que ya no alcanza con dar por cierto	62
Bibliografía	66

Antes de empezar

Pensarnos pasa propone detenerse en preguntas que ya forman parte de nuestra vida, aunque no las hayamos reconocido como problemas filosóficos. Cuando discutimos qué es una vida seria, por qué confiamos en alguien o cuánto podemos esperar de nosotros mismos, estamos utilizando ideas que tienen una historia. Algunas las elegimos después de pensarlas; otras llegaron con el lenguaje, las relaciones y las prácticas en las que aprendimos a vivir. Este libro se ocupa de aquello que damos por cierto y del lugar que ocupa en nuestra manera de entender lo que nos pasa.

La propuesta se organiza como una curaduría. Eso significa elegir voces, recuperar problemas de sus obras y construir relaciones entre ellas. La selección tiene una dirección: comprender cómo se forman las creencias, cómo interpretamos desde ellas, qué puede sostenerlas frente a una objeción y qué implica revisarlas. Pero la dirección no contiene una respuesta que los autores deban confirmar. Cada perspectiva conserva la posibilidad de incomodar el recorrido y de mostrar que necesitamos formular mejor la pregunta.

Los pensadores reunidos escribieron en épocas distintas y no se ocuparon todos del mismo asunto. Algunos investigaron el conocimiento o la comprensión; otros, las valoraciones, la ciencia o procesos psicológicos específicos. Su conversación en estas páginas es, en buena medida, una construcción editorial. Por eso vamos a distinguir qué problema estaba trabajando cada uno de aquello que podemos examinar al acercarlo a nuestras experiencias. Una comparación permite abrir una pregunta sin volver equivalentes las situaciones comparadas.

No hace falta formación filosófica previa. Los conceptos se introducen a partir de las dificultades que intentan resolver y se desarrollan antes de utilizarlos para avanzar. Los ejemplos cotidianos son situaciones hipotéticas de la curaduría, salvo cuando se indica que una comparación pertenece a un autor. Sirven para examinar una distinción y reconocer sus límites; no sustituyen las razones ni describen la vida de quien lee.

El lenguaje ocupa un lugar especial porque con palabras nombramos hechos, generalizamos, atribuimos intenciones y explicamos decisiones. A veces una frase vuelve visible una creencia; otras veces reúne cosas que conviene separar. Eso no significa que todo dependa de cómo hablamos. El cuerpo, la experiencia y las relaciones también participan, y una formulación distinta no cambia por sí sola aquello que venía sosteniendo nuestra vida.

La lectura está dirigida a quien quiera comprender sus preguntas sin recibir una respuesta que deba adoptar. Algunas ideas encontrarán objeciones; otras ganarán precisión y podrán conservarse con razones más claras. La voz de Pensarnos pasa estará en las relaciones que proponemos y en las preguntas que esas relaciones permiten formular. También esa lectura queda abierta a discusión.

Prólogo · Antes de decidir qué cambiar

Alguien termina el día con la sensación de no haber hecho suficiente. Cumplió sus compromisos, pasó un rato con una persona querida y descansó, pero al intentar decir qué aprovechó de esas horas solo reconoce lo que produjo. El encuentro fue agradable; sin embargo, no cuenta de la misma manera. Quizá diga que descansar es perder el tiempo. Quizá nunca llegue a formularlo así y solo conozca la incomodidad de una tarde sin resultados visibles.

Una primera lectura podría identificar una creencia que le impide descansar. La observación alcanza algo real, pero deja bastante afuera. Falta saber qué entiende por aprovechar, cuándo ese criterio empezó a organizar su vida y qué sigue haciendo posible. La misma exigencia puede acompañar una dedicación que valora y dificultar una relación en la que medir resultados tiene poco sentido. Incluso en el trabajo puede tener efectos diferentes. Antes de decidir qué convendría cambiar, necesitamos comprender mejor qué estamos reuniendo bajo una sola frase.

Usamos la palabra creencia para hablar de cosas diversas. Creemos que un hecho ocurrió, que una persona cumplirá, que cierta conducta es correcta o que nosotros no podemos hacer algo. En algunos casos podemos presentar razones. En otros advertimos lo que esperábamos recién cuando sucede algo distinto. Hay convicciones que defendemos en voz alta y supuestos que actúan sin presentarse como posiciones. Su relación con la evidencia, los valores y la acción no es siempre la misma.

Esa diversidad no impide pensar el problema. Obliga a evitar una definición que, por ser demasiado amplia, borre las diferencias desde el comienzo. El hilo de este libro es cómo algo llega a funcionar como cierto para nosotros, qué sostiene esa relación y qué ocurre cuando deja de resultar suficiente. La pregunta incluye la verdad de lo que creemos, pero también la historia y las funciones de la creencia. Esos exámenes se relacionan sin responder unos por otros.

El primer eje se ocupa de la formación. Empieza en lo que encontramos antes de poder discutirlo y avanza hacia las expectativas que aprendemos en la experiencia. En ese movimiento se vuelve necesario precisar qué significa experimentar y qué papel tenemos en la forma de conocer. Lo que parecía una afirmación recibida empieza a mostrar apoyos diferentes: formas de comprender, hábitos y capacidades que no siempre sabemos expresar.

El segundo eje se detiene en la interpretación compartida. Aprendemos con otros a usar palabras, reconocer diferencias y decidir qué cuenta como una explicación. La pregunta ya no se limita a qué información tenemos. Importa cómo identificamos aquello sobre lo que discutimos y qué criterios permiten examinarlo. Un desacuerdo puede persistir porque se refiere a los hechos, pero también porque todavía no comprendimos del mismo modo qué se está afirmando acerca de ellos.

El tercer eje pregunta por la certeza y la defensa. Hay objeciones que afectan mucho más que una respuesta: alcanzan decisiones, pertenencias y valoraciones. Comprender ese vínculo permite investigar por qué a veces buscamos razones de manera desigual o conservamos una convicción a costa de apartar lo que la dificulta. También obliga a distinguir esa defensa de la permanencia de una creencia que sigue estando bien apoyada.

El cuarto eje aborda la transformación. Allí tendremos que precisar qué significa dudar, cómo se formula un problema y por qué aceptar una corrección no siempre reorganiza todo lo que dependía de la explicación anterior. El cambio puede afectar una afirmación, su alcance, una expectativa o la relación entre varias cosas que estaban unidas. No hay motivo para anticipar que deba adoptar siempre la forma de un abandono.

Estos movimientos no describen etapas por las que toda creencia pasa en el mismo orden. Organizan una investigación que necesita distinguir antes de concluir. La persona que termina su día midiendo todo por lo producido no tiene que convertirse en ejemplo de una teoría general ni en destinataria de un consejo. Su situación permite mantener una pregunta concreta a lo largo del libro: qué estamos sosteniendo cuando algo nos parece tan cierto que ya no sentimos la necesidad de explicarlo.